

El complejo regional post-soviético y el conflicto en Ucrania como dilema de seguridad

The post-soviet regional complex and Ukraine's conflict as a security dilemma

MARÍA BELÉN SERRA

Licenciada en Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Doctoranda en Relaciones Internacionales, UNR. Docente Adscripta de "Estrategia y Seguridad Internacional", Universidad Católica Argentina. Auxiliar Adscripta de "Historia de las Relaciones Internacionales Latinoamericanas y Argentinas" y "Política Internacional Latinoamericana", UNR. Investigadora de la Fundación para la Integración Federal. Colaboradora del Instituto de Relaciones Internacionales, Universidad de La Plata. Correo electrónico: mbelen.serra@hotmail.com

192

Resumen

El complejo de seguridad post-soviético, en la teoría de Barry Buzan y Ole Waever, resulta un caso paradigmático para analizar la transformación de un sistema regional, debido a la implosión de la Unión Soviética y a la emergencia de nuevos Estados-Nación con peso en la toma de decisiones de la región. A partir de la lógica epistemológica sistémica de Niklas Luhmann, se buscará dar cuenta del conflicto en Ucrania y el impacto que el mismo tiene en el sistema regional de seguridad y los intereses de los actores secundarios en esta dinámica.

Abstract

The post-soviet security complex, as shown in Barry Buzan and Ole Waever's theory, is a paradigmatic test case to analyze the transformation of a regional system due to the Soviet Union implosion and the rise of the Nation States with power in regional decision making given. From the epistemological system logic of Niklas Luhmann, the article will try to exhibit the impact of Ukraine's conflict in the regional security system and the interests of secondary actors in these dynamics.

Palabras clave

Complejo de seguridad — Post-Soviético — Ucrania — Rusia — sistema

Keywords

Security complex — post-soviet — Ukraine — Russia — system

Introducción

La emergencia de la sociedad civil en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y la formación de 15 nuevos Estado-Nación con intereses y poder regionales heterogéneos han sido un tema de estudio recurrente en la literatura de las Relaciones Internacionales a partir de la década del '90. El nuevo peso que adquiere esta región en el periodo de post-Guerra Fría hace referencia no sólo al cambio inherente que se extendió en el seno de la URSS tras las independencias, sino también a la influencia de los países occidentales, que ahora jugarían una carta trascendental en la distribución de poder y alianzas de la zona.

La conflictividad en la zona y los *frozen conflicts* que comenzaron a estallar en estos últimos años llevan a reencausar el análisis de seguridad post-soviética a partir de su estructura fundacional y las relaciones interestatales al interior de este espacio. En este sentido, retomar la dinámica de seguridad a partir del tratamiento del concepto de Complejos de Seguridad Regional (o RSC en su acepción original) resulta vital para la comprensión de las características esenciales de este sistema.

En este esquema regional, Ucrania resulta ser un actor trascendental como enclave para la influencia de occidente y, por tanto, desafío al liderazgo natural ruso en la región. El conflicto devenido en guerra civil generado a partir de las protestas del *Euromaidan* en 2014, demuestra ser uno de los más complejos y profundos en Eurasia, debido a la diversidad de intereses regionales y globales de los principales actores en la contienda, que, de esta manera, condicionan el funcionamiento de todo el complejo regional en su totalidad.

Por ello, el objetivo de este artículo será analizar el Complejo de Seguridad Regional Post-soviético y la relevancia del conflicto en Ucrania en esta región, a la luz de sus características intrínsecas, intereses de los principales actores y dinámicas de vinculación al interior del complejo. Para esto, primeramente, estudiaremos las características particulares del RSC post-soviético y el rol de Rusia en esta estructura de seguridad. Luego, describiremos el devenir del conflicto en Ucrania a partir de su génesis y el agravamiento del mismo; para finalmente adentrarnos en los intereses y espacios de influencia de la Federación Rusa y los países occidentales en este conflicto, y como ello repercute en el propio RSC post-soviético.

Complejo de Seguridad post-soviético: actores e intereses

Como anticipamos en el apartado anterior, a la hora de analizar la dinámica de seguridad en el espacio comprendido por la antigua URSS, resulta sustancial retomar las premisas de Barry Buzan y Ole Waever en “Regions and power: the structure of International security”, ya que se trata de uno de los aportes más significativos en lo que al estudio de seguridad internacional se refiere. Los autores entienden, a partir de una aproximación que mezcla elementos del realismo como del constructivismo¹⁹⁸, que para el correcto entendimiento de las dinámicas de seguridad, es necesario aprehender un nivel regional de análisis (Buzan y Waever, 2003).

En este enfoque teórico se considera a las regiones mundiales como el elemento trascendental de seguridad, debido a que cada unidad, participante que conforma el RSC, comparte expectativas, temores, amenazas y capacidades similares, o al menos identificables, con sus vecinos. Por tanto, cada RSC se configura en una suerte de sistema que resulta autónomo de sus unidades, construyendo una identidad y configuración independientes, y generando nuevos espacios de cooperación e interrelación con los complejos vecinos (Buzan y Waever, 2003).

Particularmente en referencia al espacio post-soviético se debe resaltar una serie de características particulares que determinan la identidad de este sistema. En primer lugar, este complejo posee la particularidad de incluir dentro de sus unidades a lo que los autores determinan *great power*¹⁹⁹: la Federación Rusa (Buzan y Waever, 2003). Este detalle no es menor en este escenario regional: se trata de una configuración histórica que reafirma el rol de liderazgo natural que Rusia posee sobre los países independizados de la URSS. Al momento de disolución de la URSS, y por tanto el reconocimiento de Rusia como Estado continuador de las responsabilidades internacionales, la presidencia de Boris Yeltsin implicó un alineamiento de Rusia con los intereses de Estados Unidos y la Unión Europea a nivel global.

Yeltsin implementó una liberalización de la economía rusa y el acercamiento a Europa y Estados Unidos para reinsertarse en el sistema internacional tras un declive de hegemonía sustancial, y similares caminos tomaron las demás repúblicas en vías de consolidar una independencia efectiva en un ámbito regional complejo (Zubelzú, 2008). Sin embargo, para el caso ruso, la

¹⁹⁸Estos autores basaron sus preceptos teóricos en dos corrientes imperantes de la Teoría de las Relaciones Internacionales: por un lado, mencionan la fuerte influencia del realismo en cuanto a las nociones de poder e interés; pero por otro lado, aplican la teoría constructivista sobre ciertos espacios que el realismo no considera relevantes a la hora de comprender los espacios de poder, como los son los regionalismos y la construcción de dichos poderes en el Sistema Internacional, caracterizado por su anarquía *sui generis*. Véase Buzan y Waever, 2003.

¹⁹⁹Se utiliza el concepto de *great power* para describir a los países que tienen y ejercen un rol fundamental en el escenario internacional, por medio de una influencia crecientes. No se trata de superpotencias con una proyección universal y capacidades materiales que respondan a esta proyección, pero suelen ser líderes y voceros de su región en Organismos Internacionales y negociaciones respecto a temas sensibles. Véase Buzan y Waever, 2003.

apertura desmedida trajo problemas económicos y políticos altamente significativos, generando un creciente malestar en la sociedad civil rusa que acababa de adentrarse en una crisis económica sin precedentes²⁰⁰ y una estructura administrativa central signada por la corrupción.

En esta coyuntura, comienza a tomar foco una figura que será trascendental en la política rusa del nuevo siglo: Vladimir Putin. La personalidad de Putin se impregnará en el resurgimiento de Rusia como potencia global, y tendrá especial significado para comprender su accionar en relación a los países vecinos que presentasen algún obstáculo a la concreción del interés nacional ruso, como se demostrará en el caso particular de Ucrania. Uno de los objetivos iniciales de la administración Putin fue reconstruir el poderío económico, político y militar ruso; y este líder desplegaría, a lo largo de sus mandatos, múltiples estrategias y herramientas para cumplir este cometido.

A pesar de la influencia de Vladimir Putin en el resurgimiento de Rusia como *global player*, uno de los ejes estructurantes para poder comprender la política exterior en relación a los países vecinos, es la denominada *blizhneyezarubezhye*, o noción de vecindario cercano. Se trata de un concepto con largo historial académico en el marco de la literatura rusa, que cobra fuerza en los años '90, cuando se explicita en las publicaciones oficiales de política exterior del Kremlin (Buzan y Waever, 2003). Si bien el término responde a la *realpolitik* característica del gobierno ruso en relaciones exteriores (basada principalmente en la concreción de intereses nacionales específicos, más que en un paradigma ideológico imperante), este término resulta un pilar fundamental en la evolución del accionar ruso en la región. De acuerdo a la caracterización de Buzan y Waever, el RSC post-soviético es un equivalente del concepto de vecindario cercano, y la Federación Rusa articula una política exterior visible y comprometida a mantener el status quo y el liderazgo natural en estos 14 estados.

Para el gobierno ruso, el vecindario cercano es un sinónimo de los 14 nuevos países que surgen de las cenizas de la URSS: se trata de los Estados Bálticos (Estonia, Letonia y Lituania), el Cáucaso (Armenia, Azerbaijón y Georgia), Asia Central (Kazajstán, Kirguistán, Tajikistán, Turkmenistán y Uzbekistán) y Europa del Este (Belarús, Moldavia y Ucrania)²⁰¹. Dentro de estos subsistemas territoriales, podemos observar también una dinámica de distribución de

²⁰⁰La Crisis del Rublo fue una de las crisis “dominó” a partir del colapso asiático de 1997, y la devaluación de la moneda tailandesa que trajo consigo la escasez de inversiones y liquidez en la economía rusa. Para Rusia, la importación de petróleo es uno de los recursos económicos más fuertes del país, por lo que la caída en los precios internacionales tuvo un impacto de gran magnitud. Todo ello resultó en un aumento desmedido de la inflación conforme la moneda se devaluaba, así como una caída en el nivel de vida de la población. Rusia pudo reestabilizarse gracias a la nueva competitividad de su moneda y una apuesta significativa al sector energético en el gobierno de Putin (Russia Today).

²⁰¹A los fines de esta investigación, hemos clasificado a las Repúblicas post-soviéticas bajo un criterio basado en la geografía política de la región, sumado a una identificación cultural prominente en cada caso.

poder ligada a las *great regional powers*²⁰², y a los Estados con menor relevancia estratégica (ya sea por cuestiones de conflictividad interna, posesión de recursos naturales específicos o geopolítica vinculada a intereses particulares de las potencias globales).

Desde el punto de vista identitario, la existencia de grupos étnicos rusos en estos países es fundamental. De acuerdo a Russell (2007), habría 28 millones de personas de origen étnico ruso en la región, constituyéndose en casi todos los casos como la principal minoría poblacional del país. Esto es llamativo si pensamos en la realidad política de los nuevos estados, que en pos de restar relevancia a la influencia rusa y crear una identidad nacional propia, socavan el derecho de la población nacional rusa de mantener sus orígenes étnicos. Leyes de cambio de ciudadanía, escolarización en el idioma oficial, o cambios en las referencias de los lugares históricos formaron parte de las principales medidas llevadas adelante por estos estados, a la hora de crear una idiosincrasia propia. Asimismo, la problemática de los *frozen conflicts*²⁰³, es una constante en los gobiernos post-soviéticos, debido a la multiplicidad de etnias e identidades que subsisten, las cuales intentan desprenderse del yugo de los gobiernos centrales y conformar entidades políticas separadas (Marcu, 2007).

Esta tendencia al poderío basado en extensión cultural-territorial, es propia y característica de la nación rusa, a raíz de un fuerte lazo con la pasada experiencia imperial y la propia Unión Soviética (Buzan y Waeber, 2003). En la intelectualidad rusa, la expansión histórica del imperio era considerada como una tendencia “natural”, mientras que la disolución de la URSS y la extirpación territorial que fundó los 15 nuevos estados fue considerado una ofensa al legado cultural histórico de Rusia (Trenin, 2002). Esta ofensa, si bien nunca se constituyó en una declaración explícita del *establishment* ruso, puede ser un factor esencial para comprender el porqué de la preocupación de Rusia por mantener íntegra su nación en los países del vecindario cercano, así como explica el deliberado apoyo a las regiones separatistas pro-rusas en estos estados, como por ejemplo, Osetia del Sur y Abjasia en Georgia, Transnistria en Moldavia, o el propio caso de Crimea y el Donbass que analizaremos a continuación.

De esta manera, se vincula la pertenencia interestatal de la nación rusa a una dinámica de seguridad compleja, ya que a la hora de elaborar un esquema de seguridad nacional, el gobierno ruso toma en especial consideración la

²⁰²La idea de *great regional powers* hace alusión a los estados que sin tener un rol considerable como *global players*, en su respectiva región poseen un peso y una influencia marcada, sobre todo en proceso de cooperación e integración. Un claro ejemplo en el RSC post-soviético es Kazajistán.

²⁰³La noción de *frozen conflicts* remite a situaciones de conflicto en las cuales no se vislumbran situaciones de escalada de violencia, debido a acuerdos preestablecidos de cese de fuego, pero por tensiones vinculadas a diferencias étnicas, disputas limítrofes o pretensiones de independencia, se establecen hipótesis de conflicto que pueden (o no) estallar nuevamente. Véase Mac Farlane, s/f.

realidad política, económica y social de sus vecinos, perpetuando así este espacio propio de influencia en la región. El concepto de vecindario cercano ilustra a la perfección la vinculación de los intereses y las acciones de Rusia en Eurasia, entendiendo implícitamente la existencia de privilegios rusos, que ni Estados Unidos ni la Unión Europea deberían socavar (Menon, 1998). La falta de entendimiento de estas cuestiones es, para los rusos, el factor fundamental de tensión con Occidente, ya que no sólo se intenta limitar la influencia rusa en el área, sino que se intenta implantar ideas de democracia a la europea o libre mercado, que atentan contra las tradiciones propias de estas sociedades. Como vemos a causa de esta explicación, el factor cultural-étnico es trascendental en la mentalidad rusa.

En este esquema de seguridad, la relación con cada subregión del RSC es vital. En el caso de los Bálticos, la influencia resulta menor en la actualidad que en el resto de los países²⁰⁴, sin embargo Rusia encuentra focos de poder en dicha región, que apuntan a una estrategia tanto de *softpower* como de elementos materiales: por un lado, si bien es cierto que los países bálticos son los más distantes con respecto al factor nacional-cultural y a lo largo de la historia han desarrollado una idiosincrasia propia, la dependencia material de estos países de Rusia es una clara realidad, principalmente en el rubro energético, visto y considerando que los tres países reciben de Rusia un 90% del petróleo que consumen, y un 100% del gas (Grigas, 2012).

Para Europa del Este se considera que la relación con Belarús²⁰⁵, Moldavia²⁰⁶ y Ucrania, si bien tiene abundantes elementos de *softpower* relacionados al factor identitario, el condimento principal pasa por el eje militar. Con referencia a la cuestión étnica, existe un peso fundamental de la minoría rusa en estos países, así como un uso difundido del idioma. Sin embargo, la clave militar tiene una validez importante, principalmente en el caso de Ucrania, como detallaremos posteriormente.

En el caso de Asia Central, Rusia presenta una política muy oscilante. La relación con estos países esta signada por cuestiones de seguridad, principalmente en la relación con el tráfico de estupefacientes y el terrorismo, generalmente permeable en las fronteras con Afganistán. Existe una relativa cooperación de Occidente con Rusia en esta zona, considerando el apoyo que le otorgó el Presidente Putin a la iniciativa Bush contra el

²⁰⁴Con el ingreso de los tres países a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y la Unión Europea en 2004, el impacto de la política rusa en estos Estados decreció aún más.

²⁰⁵Belarús se ha configurado como el aliado estratégico más fuerte de Rusia en la zona, tanto en lo político como en lo económico. Ambos Estados han realizado múltiples ejercicios militares conjuntos, y el Kremlin posee una estación militar y radar, la Hantsavichy Radar Station, el cual puede detectar misiles balísticos provenientes de Europa Central y Occidental, así como satélites espaciales.

²⁰⁶La relación con Moldavia es conflictiva debido al tratamiento ruso del problema en Transnistria. Se trata de la República Moldava de Priednestroviana, una región separatista en la frontera oeste del país, que posee una mayoría étnica rusa que desea separarse de Moldavia y, posiblemente, constituirse un Estado independiente o anexarse a la Federación Rusa.

terrorismo en la región, posterior a los ataques del 11S. La gran excepción en estas tendencias ambivalentes es Kazajstán, quien se ha convertido en estos últimos años en un aliado importante para Rusia, a la par de Belarús. Kazajstán ha sido uno de los principales promotores de una integración económica más estrecha en el marco de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), siendo uno de los principales socios comerciales del Kremlin. En 2013 ambos estados han firmado el documento “Tratado de Alianza para el SXXI” que plasma la cercana vinculación entre ellos, así como una intención marcada de profundizar las relaciones en áreas como la seguridad (en el cual Kazajstán puede resultar un hábil mediador con Europa) y cooperación militar.

Finalmente, en la región del Cáucaso, se evidencian grandes diferencias en relación a la aproximación rusa con cada país. A la tensa relación existente entre Rusia y Georgia, cobrando su punto más álgido en la Guerra de Osetia de 2008, el binomio Armenia-Azerbaiján cobra especial interés. Si bien el aliado natural ruso en la zona es Armenia, Rusia mantiene sus reservas en relación a un conflicto fronterizo bilateral, lo que le permite poseer una moderada influencia en el devenir político azerí. La clave petrolera es esencial en el Cáucaso sur, en relación a los oleoductos y el nuevo rol de Azerbaiján como fuente de inversiones energéticas globales, con gran presencia de los países occidentales en pos de mermar la influencia de Rusia en este tipo de proyectos.

En el escenario del RSC post-soviético, como hemos visto, la “clave energética” y la seguridad regional son dos puntos decisivos de interés nacional ruso. Veremos a continuación que el caso del conflicto en Ucrania ha socavado el *status quo* en la región y ha producido más interrogantes que respuestas en relación al devenir del RSC y las unidades al interior.

El conflicto en Ucrania y el choque de paradigmas de seguridad

El año 2014 significó para Ucrania un punto de inflexión en su reciente historia como Estado independiente. Los sucesivos levantamientos en el este del país y la anexión de Crimea a la Federación Rusa, cambiaron decisivamente el paradigma de vinculación interestatal en Eurasia y complejizaron el escenario regional a niveles inéditos desde el desmembramiento de la URSS en 1991.

Podemos situar como antecedente directo al año 2004, con la denominada “Revolución Naranja”. Este panorama se inicia con una incansable movilización estudiantil con el objetivo de impactar en el poder político y generar un cambio en el seno del gobierno de Leonid Kuchma, quien había sido primer mandatario ucraniano ininterrumpidamente desde 1992 y caracterizado por una relación pragmática con Rusia, evitando ceder espacios de supranacionalidad en la CEI y contemplando la posibilidad de cooperación con Europa y Estados Unidos. Ante denuncias de corrupción, la sociedad civil salió a manifestar su descontento, lo que llevó al adelantamiento de

elecciones, en una contienda entre dos candidatos: Viktor Yushenko por el ala ucraniana-occidental de Nueva Ucrania, y Viktor Yanukovich representando a los ruso-parlantes de Ucrania del Este. Ante denuncias de fraude que daban por triunfador a Yanukovich, ambivalencia en los órganos electorales nacionales y un fuerte escenario de tensión social, la repetición de elecciones finalmente consagró a Yushenko como presidente nacional por el 52% de los votos.

Esta acotada contienda electoral, sumado a la marcada retórica anti rusa del nuevo presidente, resultan trascendentales en un país marcado por la polarización étnica. Las crecientes dificultades en el proceso de formación del Estado-Nación ucraniano derivan de actores históricos tales como un pasado común y la inexistencia de un Estado Ucraniano, que a su vez se conjugan con factores propios de la dinámica de colonización interna de la Unión Soviética, incluyendo la política de integración cultural, política, económica, militar y demográfica (Cardone, 2014). Esto determinó una compleja dinámica interna donde podían identificarse, por un lado, una Ucrania más occidental, moderna, y con una identidad nacional; y por otro, una Ucrania oriental, mas pro-rusa, e identificada con el ideal paneslavista.

Ante la disolución de la URSS, se acordó por referéndum con amplia mayoría de la población del territorio ucraniano (incluidos los habitantes de origen ruso) la independencia del país²⁰⁷, pero el desarrollo de una identidad fuerte ucraniana y el rol imperante de Rusia en el este del país ha provocado virtualmente una división demográfica e identitaria significativa: por un lado, la región más occidental posee una pertenencia nacional mayormente vinculada al legado ucraniano, mientras que en el Este, el idioma y la etnia predominantes son los rusos. En el conflicto de 2014, los focos más significativos de conflictividad van a estar en la región del Donbass y en Crimea, como veremos posteriormente.

Si bien el gobierno pro-europeísta y occidentalista de Yushenko no obtuvo los resultados esperados, la llegada de Viktor Yanukovich al poder en 2010 no implicó un gran viraje en la política exterior de su antecesor. Sin embargo, la negativa del gobierno ucraniano de acordar una Asociación Estratégica con la Unión Europea a último momento y un mayor acercamiento al gobierno del reelecto Vladimir Putin, alertaron a la población nacionalista ucraniana. Las denominadas protestas del *Euromaidan*, en relación al nombre de la principal plaza de Kiev donde se concentraban los manifestantes, escalaron los niveles de violencia rápidamente, a partir de duras represiones por parte de las fuerzas policiales y otras fuerzas militarizadas por orden del presidente nacional.

²⁰⁷El caso de Crimea demuestra una excepción. Allí, sólo el 54% de la población deseaba la escisión de la URSS, por lo cual se negoció que Crimea pertenezca a la Ucrania con un status de Región Autónoma. De todos modos, se puede afirmar que allí se gestó el movimiento separatista más fuerte de todo el país hasta el momento de su anexión a la Federación Rusa en marzo de 2014.

Ante la presión social y la conmoción internacional, la destitución de Yanukovich y el ascenso al poder de Petro Poroshenko resultó un determinante para el inicio de las hostilidades en la región oriental del país y el recrudecimiento de la violencia civil. El cambio de gobierno significaba a los ojos occidentales el fin de una relación de dependencia con Rusia, así como la oportunidad de dar solidez a las conversaciones y acercamientos con la Unión Europea y Estados Unidos; y para Rusia, la llegada de un gobierno fuertemente nacionalista significaba una amenaza directa a sus intereses en el país y decidió asistir a los rebeldes (Serra, 2015).

En Crimea particularmente, se rechazó enérgicamente la destitución de Yanukovich y a la figura de Poroshenko. Tras la asunción de nuevas autoridades en la región, se convocó a un referéndum para establecer el status político de la península, y si bien el gobierno central ucraniano rechazó rotundamente el referéndum, casi el 97% de la población de Crimea votó por la secesión de la península del territorio ucraniano (Serra, 2014). El 17 de mayo de 2014 se declaró la independencia de Crimea y se aprobó la adhesión como un territorio perteneciente a la Federación Rusa. Asimismo, existieron contiendas militares entre las fuerzas ucranianas y el Ejército ruso desplegado en la zona (*ibídem*). Al día de la fecha, el gobierno ucraniano considera *de iure* a Crimea como parte de su territorio nacional.

Por otro lado, en otras regiones sudorientales, como Donetsk, Luhansk y Jarkov —el Donbass— se generaron protestas, comúnmente conocidas como *Antimaidan*, en contra del carácter nacionalista y anti-ruso que se abanderó en el poder central de Kiev. Las demandas de estas regiones se centran, hasta la fecha, en la federalización o en la independencia de la denominada Nueva Rusia. Cabe destacar que las independencias declaradas de estas regiones no fueron reconocidas internacionalmente, aunque los sucesos adquirieron una relevancia mundial inimaginable. En estas regiones, el ejército de Ucrania comenzó una operación de importantes magnitudes para recobrar el control efectivo de estos territorios, recurriendo a la violencia, la represión y la discriminación. El caso más reconocido sucedió en la ciudad de Slaviansk, la cual fue sitiada por el ejército enfrentado a las milicias de ciudadanos locales, dejando decenas de muertos en la operación (Serra, 2015).

Conforme Rusia apoyaba a los rebeldes, los líderes occidentales decidieron sancionar a Rusia y a las provincias separatistas como parte de un plan para aplacar los efectos de la contienda y ejercer una política de debilitamiento. Si bien el motivo inicial de estas sanciones fue evitar la anexión de Crimea, las mismas han sido renovadas en sucesivos periodos. El contenido de las sanciones se basa en limitar la industria de defensa y el arsenal militar, pero también se consideró ampliar el rango de las mismas, marcando una clara línea a favor a la posición ucraniana de mantener la integridad territorial. La complejización del escenario y la participación de actores globales dificulta la

elaboración de un acuerdo de paz efectivo, que trascienda lo estipulado en los Acuerdos de Minsk.

En 2014 se formó el “Cuarteto de Normandía”, conformado por Ucrania, Rusia, Alemania y Francia, para buscar soluciones pacíficas al conflicto en el Este ucraniano. En el mes de febrero de 2015 se celebró una cumbre política en Minsk, para llamar a un nuevo cese al fuego, ante los sucesivos fracasos de negociación en los meses anteriores. El Protocolo Minsk II (febrero de 2015) fue el plan de paz presentado por Angela Merkel y François Hollande, que incluía un nuevo paquete de medidas para normalizar la situación social en la región del Donbass. Se debe destacar que este plan de paz, de carácter netamente europeo, surgió como una posible estrategia comunitaria independiente sobre la seguridad en Europa (Telam, 2015).

El Acuerdo Minsk II determina el alto al fuego inmediato en las provincias de Donetsk y Luhansk, verificado por la Organización para la Seguridad y Cooperación Europea; la retirada de armas pesadas (tanto para el Ejército ucraniano como para las fuerzas rebeldes), con el objetivo de establecer una zona de seguridad; recursos materiales y humanos para garantizar la libertad de rehenes y prisioneros políticos, y asegurar, así, el acceso de la población civil a la ayuda humanitaria; y, paulatinamente, devolverle a Ucrania la estabilidad económica y social (Serra, 2015). A pesar de la precisión e innovación del plan europeo, y la expresa voluntad de Petro Poroshenko y del presidente ruso Vladimir Putin para cumplir con estos requerimientos, la realidad sobre el terreno evidencia que la tregua no se ha avanzado en el proceso de pacificación social ni se ha retirado el armamento, como base del cumplimiento del Acuerdo.

Como se puede evidenciar, la situación humanitaria en Ucrania es crítica. El conflicto en el Este ucraniano, de acuerdo al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos y la Organización Mundial de la Salud, causó en 2015 al menos la muerte de 6.417 personas, y 15.962 heridos, denunciando además torturas, ejecuciones colectivas y otros posibles crímenes de guerra (Telam, 2015). El eje de la cuestión radica en la dificultad de determinar a los actores implicados en esta crisis humanitaria, y las escasas respuestas por parte de la comunidad internacionales a las violaciones sistemáticas de Derechos Humanos.

En esta cruenta realidad, son variados los determinantes que complejizan la relación entre Ucrania-Rusia-Occidente (Estados Unidos y la Unión Europea). Detallaremos a continuación las principales variables en juego en este conflicto

Rusia y Occidente: espacios de influencia en disputa

Como adelantamos anteriormente, en el esquema de vinculación del RSC, la lógica rusa de liderazgo natural se ve amenazada ante cualquier intento de organización paralelo que tenga un componente nacionalista o pro-occidental

marcado. Es a partir de ciertos rasgos culturales propios de la sociedad rusa, que se puede explicar esta tendencia hacia la *realpolitik*.

La idea de excepcionalismo ruso y el liderazgo histórico de Rusia sobre el espacio post soviético configuran los principales factores de identidad de “lo ruso”. Asimismo, se puede evidenciar una clara tendencia propia al pragmatismo por parte del Presidente Putin, que como característica propia de su personalidad, parece complementar estas tendencias propias de la nación rusa. En este esquema, el interés demostrado por la Unión Europea en los últimos años en estrechar los lazos de cooperación con algunos países del RSC, y la presencia de Estados Unidos a partir de acuerdos comerciales o de intentos de ampliación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte - OTAN— en la región, son vistos con desconfianza por el Kremlin, siendo que esta región es parte de su identidad y su frontera natural.

Se pueden identificar las principales causas del accionar ruso en relación a sus vecinos. En primer lugar, la expansión de la OTAN a su propio espacio de influencia (heredado de la era zarista, y extendido en la coyuntura soviética), resultó para los rusos una clara amenaza a sus intereses (Mearsheimer, 2014). Con el fin de la Guerra Fría, se mantuvo un impasse en la relación Estados Unidos- Rusia: si bien se mantuvieron las tropas en el territorio europeo, ni Rusia modificó su influencia en Europa del Este, ni la OTAN se extendió a los nuevos Estados ex miembros de la URSS. En la década de los '90, con la administración Clinton y la lógica imperante del optimismo norteamericano surgida a partir del fin de la Guerra Fría, se comienza a gestar la idea de expandir los alcances de la OTAN, no sólo en relación a sus competencias, sino también a sus miembros y espacio de acción.

Puntualmente, la primera ronda de expansión de la Organización se produjo en 1999, cuando ingresan formalmente tres países ex satélites de la URSS: República Checa, Hungría y Polonia. Posteriormente, en 2004, la OTAN se amplía aún más al Este, incorporando a los ex satélites Bulgaria, Rumania, Eslovaquia y Eslovenia, y a los tres primeros países ex miembros de la URSS, Estonia, Letonia y Lituania. Claramente las incorporaciones de estos países a la OTAN no fueron bien vistas por el gobierno ruso, quien en múltiples ocasiones expresó su descontento al respecto²⁰⁸. En la 20ª Cumbre de la OTAN en Bucarest en 2008, el entonces presidente norteamericano George W. Bush propuso la iniciativa de declarar tanto a Ucrania como a Georgia candidatos oficiales para adherirse al esquema de seguridad nor-atlántico. Claro está decir que la reacción de muchos mandatarios europeos fue ambivalente considerando las posibles consecuencias que una decisión de tal magnitud podría traer acarreadas. En esta coyuntura, es relevante destacar a evasiva

²⁰⁸En este sentido, las operaciones de la OTAN en la Guerra de los Balcanes y la reciente independencia de Kosovo también resultaron amenazantes para Rusia, que Serbia es un aliado histórico en la región y el apoyo occidental a la independencia kosovar se vio como una llamada de atención para casos similares en el RSC post-soviético

explícita de Francia y Alemania, con el afán de mantener relaciones cordiales con Rusia.

A raíz de este suceso, es importante rescatar la tesis de Immanuel Wallerstein (2014) en relación a la problemática ucraniana en Crimea y el Donbass. De acuerdo a este autor, el accionar de Estados Unidos no estaría directamente relacionado a la realidad doméstica de Ucrania o al intento de mantener su integridad territorial intacta, sino más bien que su política exterior estaría guiada por el temor de que se construya un eje de “entente” entre París-Berlín-Moscú. Desde el año 2003, ante la negativa francesa y alemana a la Guerra de Irak, Estados Unidos puso su atención en las relaciones de estos dos países, principalmente Alemania, con la Federación Rusa. Uno de los motivos de este posible acercamiento, de acuerdo al autor, se debe al “giro” al Pacífico que ha dado la política exterior norteamericana, principalmente en el acercamiento con China, Japón y Corea: en pos de no restar poder y espacio de decisión en el sistema internacional, Alemania en primer lugar, y Francia secundando, se habrían acercado a Rusia, un país fuerte y con clara influencia en Asia y Europa.

Otro claro motivo resulta de la dependencia por el suministro de gas. Es una realidad que la Unión Europea encuentra su accionar para con Rusia circunscripto a la dependencia energética y a la búsqueda de proveedores alternativos que eviten crisis de provisiones, como sucedió con las Guerras del Gas entre Rusia y Ucrania entre 2006-9. Si bien es cierto que las sanciones a Rusia tras el apoyo a los separatistas del este fue una realidad, se debe destacar que las posiciones al interior de la Unión distan de ser homogéneas. Mientras los países del este, como República Checa y los Bálticos afirman la necesidad de establecer un patrón de sanciones más duro ante la hegemonía rusa en el RSC post-soviético, los *great powers*, Francia y Alemania, desean mantener la moderación en la relación y evitan que Estados Unidos tome un rol decisivo en este tipo de conflictos (Wallerstein, 2014).

En tercer lugar, la expansión de la Unión Europea marcó un antes y un después en las relaciones bilaterales con la Federación Rusa. A pesar del propio proceso de ampliación europea, que llevó en 2004 a la mayor incorporación de nuevos Estados miembro de su historia, el establecimiento en 2009 de la *Eastern Partnership* para abordar la vinculación con la frontera cercana a la Unión, llevó al gobierno ruso a clasificar como hostil la política de acercamiento europeo al Este. El rol que tomaron los países de la Unión en el conflicto de Ucrania, y el establecimiento de la misión más grande de la OSCE en Europa del Este, retoma estas tensiones y sensibiliza aún más al Kremlin.

“(…) No Russian leader would tolerate a military Alliance that was Moscow’s mortal enemy until recently moving into Ukraine. Nor would any Russian leader stand idly by while the west helped install a government there that was determined to integrate Ukraine into the west. (...) This is

Geopolitics 101: great Powers are always sensitive to potential threats near their home territory.” (Mearsheimer, 2014, p. 5).

Es decir, la conjunción entre los intentos de ampliación y expansión de influencia de la Unión Europea y la OTAN con la dependencia en el suministro energético son factores complejos que determinan la vinculación entre Ucrania y Rusia y del RSC en su totalidad. El conflicto de Ucrania ha despertado temores de renacimiento de los *frozen conflicts*, Abjasia y Osetia en Georgia, Transnistria en Moldavia y Nagorno-Karabaj en Azerbaiján, y la influencia rusa es un factor determinante en el estallido y recrudecimiento de la violencia en la región.

Conclusión

Como hemos podido ver a través de este recorrido, el devenir de las relaciones entre Ucrania y Rusia ha estado marcado por la tensión en el liderazgo regional y la influencia de la Unión Europea y Estados Unidos en el conflicto iniciado en 2014. La oposición de intereses es visible y ningún actor desea restarse márgenes de maniobra a la hora de pensar una solución concreta y efectiva a este conflicto.

La anexión de Crimea ha supuesto la ruptura del orden internacional: para Rusia ello significa que por primera vez desde la caída de la URSS las fronteras de un país se tocan sin el beneplácito de los países Occidentales, y como analizamos anteriormente, puede resultar en una “caja de Pandora” para otras regiones secesionistas del RSC post-soviético que deseen un status similar.

La violencia en el Donbass no es menor, ya que las regiones pretenden alcanzar un camino similar al de Crimea, o la constitución de un nuevo sujeto de derecho internacional: la República de Novorussia. Sin dejar de lado los escalofriantes números de muertos, heridos y desplazados por este conflicto y la escasa ayuda humanitaria que llega a esta región, el peso geopolítico del Donbass resulta sumamente estratégico tanto para Rusia como para Ucrania.

De esta manera, se puede decir que el conflicto ucraniano tiene consecuencias a nivel nacional, regional e internacional. Desde el punto de vista nacional, las secuelas de la polarización étnica-nacional en el país dificultan a corto plazo el proceso de pacificación y concordia nacional, y demuestran, una vez más, que se deberán doblegar los esfuerzos por construir una identidad nacional con componentes tanto ucranianos como rusos.

A nivel regional, este conflicto demuestra no solo la posibilidad de un efecto dominó en otras regiones separatistas del RSC como ya dijimos, sino que expande los límites de influencia rusos en la región, no sólo considerando esquemas tradicionales de cooperación -como la Comunidad de Estados Independientes-, o la propia relación bilateral con los líderes de los nuevos países ex URSS, sino también la posibilidad de fomentar focos de

conflictividad social en la vida política de estos Estados, y reconocer nuevos actores y regiones.

Finalmente, a nivel internacional, el caso de Crimea resulta un cambio en la configuración representativa del Nuevo Orden Internacional de los '90 con un liderazgo norteamericano, y resurge la idea de un mundo multipolar, donde los *great powers* poseen una capacidad decisoria y autonomía natural en sus respectivas regiones próximas. El caso de Rusia en el RSC evidencia la incapacidad de la Unión Europea y Estados Unidos por acercarse a la región sin resultar amenazantes para Rusia, y en un complejo de seguridad tan signado por la identidad histórica común, esto resulta trascendental.

Son múltiples los interrogantes que quedan abiertos en el devenir de Ucrania y su vinculación con Rusia y Occidente. Se deberán tener en cuenta muchos de estos elementos para poder dar cuenta del conflicto y si los intereses que secundan la escalada de violencia pueden resultar compatibles en una negociación visiblemente ardua.

Bibliografía

BUZAN, B. y WAEVER, O. (2003) *Regions and power: the structure of International Security* Cambridge University Press. Cambridge, United Kingdom.

CARDONE, I.J. (2014) "El conflicto en Ucrania: los intereses de grandes potencias y los perdedores de siempre" *Conjuntura Global*. Vol 3. Pp. 140-148.

GRIGAS, A. (2012) "Legacies, Coercion and Soft Power: Russian Influence in the Baltic States", Chatam House.

MAC FARLANE, S.N (s/f) "Frozen conflict in the former Soviet Union- the case of Georgia-South Osetia" *Anuario IFSH*. Alemania. Disponible en: <https://ifsh.de/file-CORE/documents/yearbook/english/08/MacFarlane-en.pdf>

MARCU, S. (2007) "La geopolítica de la Rusia post-soviética: desintegración, renacimiento de una potencia y nuevas corrientes de pensamiento geopolítico" *Scripta Now*. Disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-253.htm>

MEARSHEIMER, J. (2014) "Why the Ukraine Crisis is the West's Fault" *Foreign Affairs*. Disponible en: <http://mearsheimer.uchicago.edu/pdfs/Ukraine%20Article%20in%20Foreign%20Affairs.pdf>

MENON, R. (1998) "After Empire: Russia and the Southern 'Near Abroad'" en Mandelbaum, M. (ed.) *The new Russian foreign policy*, New York: Council of Foreign Relations Books. Nueva York, Estados Unidos.

RUSSELL, W. (2007) "Russian policy towards the Near Abroad: the discourse of hierarchy", Department of International Relations - Research School of Pacific and Asian Studies, Australian National University. Canberra, Australia.

- RUSSIA TODAY (s/f) “La crisis financiera de 1998 en Rusia” Rusopedia. Sección Economía. Disponible en: http://rusopedia.rt.com/economia/issue_107.html
- SERRA, M. B. (2014) “Balance de un año convulsionado para Ucrania” Fundamentar. Disponible en: <http://www.fundamentar.com/index.php/internacional/item/4796-balance-de-un-ano-convulsionado-para-ucrania>
- (2015) “Guerra Fría a las puertas de Europa: la crisis en Ucrania” Anuario Síntesis Mundial 2015. Disponible en: https://www.academia.edu/20060274/Guerra_Fr%C3%ADa_a_las_puertas_de_Europa._La_crisis_en_Ucrania
- TELAM (2015) “La ONU cifra en casi 6.500 los muertos en el conflicto en Ucrania” Sección mundo. 01/06/2015. Disponible en: <http://www.telam.com.ar/notas/201506/107176-onu-muertos-ucrania.html>
- TRENIN, A. (2002) “The End of Eurasia: Russia on the Border Between Geopolitics and Globalization”, Carnegie Moscow Center.
- WALLERSTEIN, I. (2014) “The Geopolitics of Ukraine’s Schism” Agence Global. Disponible en: <http://iwallerstein.com/geopolitics-ukraines-schism/>
- ZUBELZU, G. (2001) “El mundo según Moscu. Percepciones y objetivos de la política exterior” El economista. Buenos Aires, Argentina. Disponible en: <http://www.cerir.com.ar/libro.php?id=0000085>